

Precariedad temporal y cronopolítica en las juventudes contemporáneas: el caso del barrio de Torrero (Zaragoza)

Temporal Precarity and Chronopolitics in Contemporary Youth: The Case of the Torrero Neighborhood (Zaragoza)

Precariedade temporal e cronopolítica na juventude contemporânea: o caso do bairro de Torrero (Saragoça)

Victor Hugo Pérez Gallo

Doctor en Ciencias Sociológicas
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR), Espanha

Nuria Cano Suñen

Doctora en Antropología Social y Cultural
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR), Espanha

Recibido em: 02/01/2026

Aceito em: 19/02/2026

DOI: 10.23900/ra.v24i110.594

Formato de citação:

Gallo, V. H. P., & Suñen, N. C. (2026). Precariedad temporal y cronopolítica en las juventudes contemporáneas: el caso del barrio de Torrero (Zaragoza). *Aposta: Revista De Ciencias Sociales*, 24(110), e594.
<https://doi.org/10.23900/ra.v24i110.594>

Resumen

El artículo explora la precariedad temporal como una dimensión central de la desigualdad contemporánea, tomando como caso el barrio de Torrero (Zaragoza, España). A partir de un trabajo de campo cualitativo —entrevistas, grupos focales y observación participante— se analizan las experiencias de jóvenes que habitan tiempos marcados por la espera, la aceleración, el cuidado y la resistencia. Frente a las lecturas centradas en la precariedad laboral, se propone comprender la exclusión y la agencia juvenil desde la gestión desigual del tiempo: quién puede disponer de él, quién lo pierde en la espera y quién lo entrega a los demás. El estudio dialoga con los aportes teóricos de Lefebvre, Bourdieu, Rosa y Fraser, así como con otros autores contemporáneos que han repensado la justicia temporal y las cronopolíticas de la desigualdad, mostrando cómo el tiempo funciona como una forma de dominación pero también como un terreno de reapropiación colectiva. El barrio de Torrero, con su tejido comunitario y sus prácticas autogestionadas, permite observar la coexistencia de la vulnerabilidad y la creatividad social: allí donde la vida se acelera o se detiene, emergen formas de solidaridad que devuelven sentido al tiempo compartido. El texto propone así una lectura del tiempo como espacio político y relacional, donde se juega la posibilidad misma de una justicia temporal.

Palabras clave

Precariedad Temporal, Juventud, Desigualdad, Cronopolítica, Justicia del Tiempo, Torrero (Zaragoza, España).

Abstract

The article explores temporal precarity as a central dimension of contemporary inequality, focusing on the case of the Torrero neighborhood in Zaragoza (Spain). Based on qualitative fieldwork —including interviews, focus groups, and participant observation— it analyzes the experiences of

young people who inhabit times shaped by waiting, acceleration, care, and resistance. Beyond approaches centered on labor precarity, it proposes to understand youth exclusion and agency through the unequal management of time: who can dispose of it, who loses it in waiting, and who gives it to others. The study engages with the theoretical contributions of Lefebvre, Bourdieu, Rosa, and Fraser, as well as other contemporary authors who have rethought temporal justice and the chronopolitics of inequality, showing how time operates both as a form of domination and as a terrain of collective reappropriation. The Torrero neighborhood, with its strong community fabric and self-managed practices, reveals the coexistence of vulnerability and social creativity: where life either accelerates or comes to a halt, forms of solidarity emerge that restore meaning to shared time. The article thus offers a reading of time as a political and relational space, where the very possibility of temporal justice is at stake.

Keywords

Temporal Precarity, Youth, Inequality, Chronopolitics, Time Justice, Torrero (Zaragoza, Spain).

Resumo

Este artigo explora a precariedade temporal como uma dimensão central da desigualdade contemporânea, utilizando o bairro de Torrero (Saragoça, Espanha) como estudo de caso. Através de trabalho de campo qualitativo — entrevistas, grupos focais e observação participante — são analisadas as experiências de jovens que vivem em tempos marcados pela espera, aceleração, cuidado e resistência. Em contraste com análises focadas no emprego precário, este estudo propõe compreender a exclusão e a autonomia juvenil através da gestão desigual do tempo: quem o controla, quem o perde esperando e quem o cede aos outros. O estudo dialoga com as contribuições teóricas de Lefebvre, Bourdieu, Rosa e Fraser, bem como de outros autores contemporâneos que repensaram a justiça temporal e a cronopolítica da desigualdade, mostrando como o tempo funciona como uma forma de dominação, mas também como um terreno para a reapropriação coletiva. O bairro de Torrero, com seu tecido comunitário e práticas autogeridas, permite observar a coexistência da vulnerabilidade e da criatividade social: onde a vida acelera ou para, emergem formas de solidariedade que dão sentido ao tempo compartilhado. O texto propõe, portanto, uma interpretação do tempo como um espaço político e relacional, onde a própria possibilidade de justiça temporal está em jogo.

Palavras-chave

Precariedade Temporal, Juventude, Desigualdade, Cronopolítica, Justiça Temporal, Torrero (Saragoça, Espanha).

1. Introducción

Mucho se ha escrito sobre la precariedad laboral y sus efectos en la juventud: el desempleo, los contratos breves, la dificultad de emanciparse. Pero menos se ha dicho sobre otra forma de precariedad que atraviesa esas experiencias y las define cualitativamente: la precariedad temporal. Porque más allá de cuánto se gana o se trabaja, importa cómo se vive el tiempo. La desigualdad también se mide en horas: en quién puede planificar y quién debe improvisar, en quién dispone de pausas y quién encadena esperas, en quién controla su ritmo y quién lo sufre. El tiempo, entendido así, no es un simple trasfondo de la vida social, sino un espacio donde se materializa la desigualdad.

Esta investigación se sitúa en el barrio de Torrero, en Zaragoza, un territorio de fuerte identidad obrera y tradición comunitaria, atravesado por transformaciones urbanas y sociales que condensan muchas de las tensiones de la precariedad contemporánea. Torrero fue, durante décadas, un barrio periférico construido a partir de la migración interna y del trabajo manual. Hoy mantiene una densa red asociativa —vecinal, juvenil, cultural— que convive con situaciones de desempleo, viviendas precarias, economías informales y la presencia creciente de población migrante. En este mosaico social, la juventud encarna de forma especialmente visible la fragilidad del tiempo: jóvenes que esperan una cita en extranjería, que trabajan mientras estudian para costear sus estudios, que cuidan de familiares o hijos en jornadas interminables (Pérez Gallo, 2025b).

Este artículo parte de una pregunta que orienta todo el análisis: ¿cómo viven los jóvenes su tiempo en contextos de precariedad temporal? La respuesta exige ir más allá de las categorías habituales del empleo o la formación para pensar la inclusión social desde la experiencia temporal: los ritmos, las pausas, las demoras y las aceleraciones que configuran las biografías juveniles. Siguiendo a Lefebvre (1992, 2004), Bourdieu (1999), Rosa (2016) o Fraser (2016), entendemos que el tiempo no solo refleja la desigualdad, sino que la produce. La gestión institucional de la espera, la exigencia de la aceleración o la invisibilización del tiempo de los cuidados son formas concretas de cronopolítica: maneras de distribuir poder a través del control del tiempo.

El trabajo de campo se desarrolló precisamente en ese tejido comunitario, en diálogo con jóvenes vinculados a espacios como la Casa de la Juventud, los huertos autogestionados o el centro social Kike Mur. A partir de entrevistas, grupos focales y observación participante, se exploraron los modos en que los jóvenes experimentan y resignifican el tiempo: cómo esperan, cómo corren, cómo cuidan y cómo inventan formas de resistencia. La investigación se articula, así, en un movimiento circular entre teoría y práctica: los conceptos iluminan las experiencias, pero las experiencias devuelven sentido a la teoría.

En un momento histórico donde la urgencia y la inestabilidad parecen norma, mirar la precariedad temporal desde un barrio como Torrero permite comprender cómo se vive —y se sobrevive— a la desigualdad desde dentro. Pero también permite reconocer que incluso en los márgenes del tiempo impuesto emergen otras cronologías posibles: ritmos compartidos, solidaridades que sostienen y espacios que devuelven el valor de estar juntos. Desde Torrero, la reflexión sobre el tiempo se convierte en una invitación a pensar la justicia desde la vida cotidiana, y a reivindicar el derecho colectivo a habitar un tiempo más humano.

2. Marco Teórico: Tiempos, Desigualdad y Resistencia

2.1 El Tiempo como Forma de Desigualdad

En las sociedades contemporáneas, el tiempo se ha convertido en un eje invisible pero decisivo de la desigualdad social. Más allá de las brechas materiales de ingreso, empleo o educación, las personas experimentan desigualdades profundas en la distribución y el control del tiempo: quién dispone de él, quién lo pierde, quién lo espera y quién lo habita con autonomía. Como advirtió Adam (1995), el tiempo no es un recurso neutro ni homogéneo, sino un bien socialmente producido y desigualmente accesible. Tener tiempo propio, previsible y habitable se convierte así en un indicador de bienestar y, por tanto, en un componente esencial de la justicia social.

Lefebvre (2004) y Bourdieu (1999) mostraron que el tiempo funciona como un mecanismo de dominación simbólica, que organiza los ritmos de la vida cotidiana según las lógicas del capital y de la productividad. Las clases populares y los sectores marginados no sólo tienen menos recursos económicos, sino que también viven en tiempos ajenos, subordinados a los calendarios institucionales, a la espera de decisiones externas o a la urgencia de la supervivencia. Esta imposición de un tiempo abstracto y homogéneo —propio de la racionalidad moderna— desplaza y desvaloriza otras formas de temporalidad ligadas al cuidado, la comunidad o el descanso.

Como señalan Andersen et al. (2024), el tiempo no se distribuye de manera neutral: el tiempo de algunas personas se valora mucho más que el de otras, y la inversión temporal de unos implica la desinversión de otros, generando lo que la literatura denomina cronopolíticas del poder. Esta desigualdad temporal tiene su correlato espacial, pues —como advierten los autores— el capital no sólo invierte en ciertos tiempos, sino también en determinados espacios, desinvirtiendo en otros. La gestión desigual del tiempo se entrelaza así con la geografía de las desigualdades urbanas, reforzando jerarquías de clase y pertenencia.

Desde una perspectiva crítica, Rosa (2016) plantea que la aceleración social ha generado nuevas formas de alienación temporal: vidas que se sienten desincronizadas, incapaces de mantener un ritmo propio. En los márgenes urbanos, esta alienación adopta formas específicas: tiempos fragmentados, suspendidos o saturados que impiden construir proyectos vitales coherentes. El tiempo se convierte así en un espejo de la desigualdad estructural: unos viven apresurados por no perder su lugar en el sistema, mientras otros quedan atrapados en la inactividad o la espera institucional. Ambas experiencias comparten una misma raíz: la pérdida de control sobre la propia temporalidad.

Fraser (2016) advierte que esta desigualdad temporal tiene también una dimensión de injusticia de género. Las mujeres —y especialmente las jóvenes en contextos de vulnerabilidad— sostienen los tiempos del cuidado ajeno, invisibilizados y no remunerados, a costa de su propio

bienestar. Esta “pobreza temporal” (Goodin, Headey et al., 2008) reproduce jerarquías estructurales: mientras unos disponen de tiempo libre, otros cargan con los tiempos del trabajo, la dependencia o la espera.

Así pues, el tiempo no es un telón de fondo donde transcurre la vida social, sino un campo de poder donde se definen las condiciones de existencia, agencia y dignidad. Reconocer el tiempo como una forma de desigualdad permite comprender que las políticas de inclusión o bienestar no pueden limitarse a redistribuir recursos materiales, sino que deben redistribuir el tiempo social, garantizando a cada persona la posibilidad de habitar su propio ritmo y proyectar un futuro posible. En barrios como Torrero, esta lectura se vuelve especialmente urgente: el tiempo desigual no solo refleja la precariedad, sino que la produce y la perpetúa.

2.2 Juventud y Precariedad Temporal

La juventud constituye hoy uno de los territorios más expuestos a la precariedad temporal. En las últimas décadas, la expansión de la inestabilidad laboral, la prolongación de la formación y la incertidumbre vital han configurado un escenario donde los jóvenes viven tiempos fracturados, discontinuos y poco habitables. Como señala Standing (2011), la llamada clase precaria no solo se define por la inseguridad económica, sino por la imposibilidad de construir un relato biográfico coherente. La vida se organiza en torno a la contingencia: contratos breves, becas intermitentes, prácticas no remuneradas o esperas administrativas que suspenden la posibilidad de planificar el futuro. Desde esta perspectiva, puede decirse que la juventud vive bajo una forma específica de “chronocracy” (Kirtsoglou, Simpson, 2020), un régimen que impone ritmos discontinuos y convierte la espera en un modo de subordinación estructural.

Esta precariedad no se limita al plano laboral o temporal, sino que expresa una posición estructural dentro del espacio social. Como señalan Soler-i-Martí, Ballesté y Feixa (2021), la juventud ocupa una posición periférica impuesta que atraviesa las dimensiones económica, política y simbólica, constituyendo una forma de subalternidad generacional en sociedades adultocéntricas (Pérez Gallo, 2025b). En esta línea, Innerarity (2012) recuerda que los márgenes sociales son también márgenes temporales: los nuevos “excluidos” no viven lejos, sino en otro tiempo. Esta condición periférica configura subjetividades que viven la precariedad como horizonte vital y no como episodio transitorio, una experiencia que se refleja también en su relación con el tiempo y las posibilidades de futuro.

En este contexto, la temporalidad juvenil se ve atravesada por lo que Lefebvre (1992) denominó asincronías sociales: los jóvenes no logran acompañarse al “tiempo legítimo” de la

estabilidad adulta. Su tránsito hacia la autonomía se dilata o se interrumpe, y la transición a la vida independiente deja de ser un proceso lineal para convertirse en un recorrido lleno de pausas, retrocesos y aceleraciones. No se trata solo de llegar más tarde a las etapas normativas de la vida — empleo estable, vivienda, familia—, sino de vivir en un régimen de tiempo dislocado, donde el presente pesa más que cualquier horizonte de futuro.

A esta precariedad estructural se suma la dimensión emocional y corporal del tiempo. Rosa (2016) describe cómo la aceleración de la vida moderna genera una sensación permanente de “no llegar nunca”, incluso entre quienes logran mantenerse activos. Pero en el caso de las juventudes populares, esa aceleración no surge únicamente de un mandato cultural del rendimiento: responde también a una necesidad material. En los barrios trabajadores, muchos jóvenes deben aceptar empleos precarios o temporales para poder estudiar, pagar el alquiler o contribuir en casa. Esta obligación económica impone una velocidad vital desigual, una carrera que otros pueden evitar gracias al respaldo familiar o al capital económico acumulado. La desigualdad del tiempo se convierte así en una brecha de clase que condiciona el futuro desde la juventud: quienes trabajan para poder formarse parten con menos descanso, menos red y menos oportunidades de ascenso. Las fronteras entre trabajo y no trabajo se desdibujan (Labajos, Fernández-Trujillo, 2025): el tiempo de descanso, de ocio o de cuidado se convierte también en tiempo productivo, lo que intensifica la sensación de aceleración y precariedad vital.

En este sentido, la temporalidad laboral no solo constituye un síntoma de desigualdad, sino un mecanismo que la reproduce a lo largo de las trayectorias vitales. El empleo temporal puede influir en la desigualdad salarial como un proceso que se desarrolla a lo largo del curso de vida, generando crecimiento económico para unos trabajadores y estancamiento para otros. La temporalidad, entendida así, no solo limita el presente de los jóvenes, sino que determina la velocidad y la direccionalidad de sus biografías futuras: quién avanza, quién se detiene y quién queda fuera del reloj social (Janietz, Bol et al., 2024).

Muchos jóvenes combinan trabajos mal pagados con estudios, voluntariado o cuidados familiares, encadenando actividades que llenan cada hora del día sin generar estabilidad ni bienestar. Esta aceleración forzada, lejos de ser un signo de éxito, constituye una forma de sufrimiento temporal: vivir en una carrera sin meta, donde el valor de la vida se mide por la productividad. Frente a la espera que inmoviliza, aparece una aceleración que desgasta; ambas son caras de una misma experiencia de desposesión del tiempo.

Por otro lado, una parte significativa de la juventud vive sometida a esperas estructurales: esperan un empleo, una ayuda, una cita, un documento o simplemente una oportunidad. La espera,

como experiencia social (Auyero, 2013), revela la desigual capacidad de las instituciones para reconocer a los sujetos. En el caso de los jóvenes migrantes, esta condición se amplifica: los procesos de regularización o renovación de los papeles introducen tiempos suspendidos que afectan todos los ámbitos de la vida —trabajo, estudio, vivienda, participación—. No poder prever cuándo llegará una resolución administrativa convierte el tiempo en un territorio de incertidumbre radical. La vida queda en pausa, dependiente de decisiones externas, donde incluso el futuro más inmediato se vuelve inalcanzable.

Como plantea Schweiger (2025), la falta de reconocimiento en las sociedades de bienestar no solo se expresa en la exclusión material, sino también en una forma de no reconocimiento temporal, donde las personas son privadas de la posibilidad de prever, esperar o proyectar su lugar en el mundo. La pobreza y la precariedad —señala— deben entenderse como formas temporalmente estructuradas de no reconocimiento, en las que la vida se vuelve una espera prolongada, marcada por promesas incumplidas y expectativas decepcionadas que se sedimentan biográficamente a lo largo del tiempo.

En este escenario, también las desigualdades de género adquieren una relevancia particular (Pérez Gallo, 2015). Las jóvenes mujeres, especialmente aquellas que asumen responsabilidades de cuidado en contextos de vulnerabilidad, enfrentan una doble precariedad temporal: la impuesta por el mercado y la derivada de la organización social del cuidado. Como plantea Nancy Fraser (2016), el capitalismo contemporáneo externaliza sus costes temporales hacia los cuerpos femeninos, apropiándose del tiempo de quienes sostienen la vida cotidiana sin reconocimiento ni descanso. En barrios como Torrero, donde las redes públicas de apoyo son escasas, esta carga temporal se traduce en exclusión educativa, laboral y simbólica.

La precariedad temporal no es, por tanto, un simple efecto del desempleo o de la crisis económica, sino una condición estructural que redefine la experiencia misma de ser joven. Significa vivir sin continuidad, sin previsibilidad y sin control sobre el propio tiempo. Comprender la inclusión social de las juventudes exige mirar más allá de los recursos materiales y analizar cómo se vive, se negocia y se padece el tiempo en las biografías precarias — también en aquellas atravesadas por la espera migratoria o por la espera del cuidado, donde el tiempo se convierte en frontera y carga invisible—. Solo desde ahí puede pensarse una política que garantice no solo empleo o formación, sino también tiempo digno, equitativo y habitable. Como advierte el estudio sobre el capitalismo de plataformas (Labajos, Fernández-Trujillo, 2025), en el neoliberalismo el tiempo ha pasado a concebirse como un recurso económico individual, que cada sujeto debe administrar y rentabilizar de forma autónoma. El tiempo disciplinario, regulado externamente, ha sido sustituido por su

autogestión, generando una forma de coacción interiorizada que responsabiliza a cada persona de su propia productividad.

2.3 Cronopolítica y Justicia del Tiempo

Si el tiempo constituye una dimensión estructural de la desigualdad, también puede convertirse en un terreno de disputa y transformación. La cronopolítica —el modo en que el tiempo se organiza, se regula y se distribuye en la vida social— expresa relaciones de poder tan decisivas como las económicas o espaciales (Sharma, 2014). Las instituciones, los mercados y las normas culturales establecen quién puede disponer de su tiempo y quién debe ajustarse al ritmo de otros. En este sentido, el control del tiempo es una forma de control social: regula las posibilidades de existencia, las expectativas y el reconocimiento.

Desde la teoría crítica, autores como Rosa (2016) o Fraser (2016) han insistido en que la justicia no puede limitarse a la redistribución de recursos materiales, sino que debe incorporar una dimensión temporal. La “justicia del tiempo” implica reconocer el derecho a disponer de un tiempo propio, previsible y habitable, capaz de sostener la vida y la participación social. Ello supone cuestionar la crononormatividad dominante —el mandato de productividad, la urgencia constante, la subordinación a los calendarios institucionales— y abrir espacio a temporalidades más lentas, cuidadas y colectivas.

El concepto de justicia temporal introduce así un desplazamiento ético y político: de medir la inclusión por el empleo o la renta, a comprenderla como la posibilidad de habitar el tiempo con dignidad. Tener tiempo libre de la urgencia, de la espera o del control institucional se convierte en un bien escaso y desigualmente distribuido. En las periferias urbanas, esta desigualdad se hace visible en las biografías de jóvenes que viven en “tiempos robados”: entre la aceleración del trabajo precario y la espera infinita de un documento, una ayuda o una oportunidad.

Sin embargo, la cronopolítica no solo designa el dominio del tiempo, sino también las formas de resistencia que emergen frente a él. Allí donde el reloj del mercado impone su ritmo, surgen prácticas colectivas que reconfiguran la experiencia temporal: espacios comunitarios, redes de apoyo mutuo, iniciativas culturales o huertos urbanos que permiten reapropiar el tiempo desde otras lógicas. En estos espacios, el tiempo deja de ser un instrumento de rendimiento para convertirse en tiempo compartido, tiempo cuidado y tiempo político.

En esta reapropiación del tiempo emerge también una forma de esperanza situada. Como señalan Waite, Lyall y Roberts (2025), los jóvenes desarrollan lo que denominan “qualified hope”: una esperanza “parcial y condicionada”, que no niega la incertidumbre ni la precariedad, sino que

opera dentro de ellas como recurso para seguir adelante y construir futuros posibles. Esta esperanza no es ingenua ni optimista, sino una práctica moral y colectiva que permite mantener la agencia en contextos donde el futuro aparece fracturado. En Torrero, las formas de autogestión y apoyo mutuo expresan precisamente esa esperanza calificada: una confianza modesta pero persistente en la posibilidad de habitar el tiempo de otro modo, incluso cuando las condiciones estructurales lo dificultan.

Estas experiencias encarnan una cronopolítica alternativa, en la que el valor no está en la productividad sino en la relación; no en la velocidad, sino en la presencia. Como plantea Holloway (2010), resistir no siempre significa detener el tiempo, sino abrir grietas en su orden dominante, habitando ritmos distintos que devuelven sentido a la vida cotidiana. En barrios como Torrero, donde la autogestión y el tejido vecinal tienen una larga tradición, estas prácticas temporales insurgentes se convierten en núcleos de justicia social: lugares donde los jóvenes transforman la precariedad temporal en posibilidad de comunidad, de aprendizaje y de esperanza.

Estas prácticas permiten pensar la cronopolítica no solo como diagnóstico crítico, sino como horizonte normativo. Pensar la juventud desde la cronopolítica implica, por tanto, comprender que el bienestar y la inclusión dependen tanto del acceso a recursos materiales como del derecho a disponer del propio tiempo. Como advierte Innerarity (2012), vivimos en una cultura de la urgencia en la que la inmediatez se ha convertido en norma y las falsas urgencias presionan para actuar sin reflexión.

Desde esta perspectiva, la lucha por una justicia del tiempo no es abstracta: se juega en los calendarios institucionales, en los horarios laborales, en los trámites administrativos y en los espacios donde se recupera la capacidad de decidir cómo habitar el presente. Tal como señalan Kirtsoglou y Simpson (2020), los regímenes temporales no son neutros, sino mecanismos de poder que organizan la vida social a través de lo que denominan *chronocracy*: un gobierno del tiempo que distribuye de forma desigual la posibilidad de estar “a tiempo” con los demás. El tiempo, en última instancia, es un bien común: una materia social y política que puede ser dominada o compartida, alienada o reapropiada.

En este punto, resulta pertinente contrastar estas experiencias con la cronopolítica populista descrita por Forkert y Nahaboo (2025), donde el tiempo se instrumentaliza para producir comunidades imaginadas de víctimas y culpables —los “left behind”—. Frente a esa política del agravio y la nostalgia, las experiencias juveniles en Torrero encarnan una cronopolítica inversa: no la del resentimiento, sino la de la reapropiación del presente como espacio de cuidado y acción colectiva. Allí donde el presentismo clausura el futuro y convierte la precariedad en una condición

naturalizada, las redes juveniles del barrio abren fisuras en ese tiempo cerrado, generando sincronías solidarias que devuelven espesor político al ahora.

Finalmente, esta lectura puede complementarse con la perspectiva de la periferia generacional propuesta por Soler-i-Martí, Ballesté y Feixa (2021): quienes habitan los márgenes del espacio social —las juventudes precarizadas— lo hacen también en los márgenes del tiempo. La precariedad temporal sería, en este sentido, una dimensión cronopolítica de la exclusión espacial y simbólica. Desde esta doble periferia —social y temporal— emergen formas de acción y solidaridad que reconfiguran los ritmos de la vida colectiva.

3. Metodología

Este estudio se inscribe en el paradigma cualitativo, desde una perspectiva fenomenológica-interpretativa con un marcado componente participativo. Este enfoque responde a una convicción central: que el tiempo —como experiencia vivida— no puede captarse mediante indicadores cuantitativos, sino a través de las narrativas, los afectos y las prácticas cotidianas de quienes lo habitan. Más que medir, se trata de comprender cómo los jóvenes sienten, gestionan y resignifican su tiempo en contextos atravesados por la precariedad estructural.

3.1 Enfoque y Posicionamiento Epistemológico

Desde la fenomenología hermenéutica (Van Manen, 2003), se parte de la idea de que las vivencias temporales no son datos, sino sentidos situados que emergen en la interacción entre sujeto, espacio y estructura social. Escuchar a los jóvenes de Torrero supone abrir un diálogo entre mundos temporales heterogéneos: el de la urgencia institucional, el de la espera cotidiana y el del tiempo comunitario que resiste. La investigación adopta así una actitud reflexiva, consciente de que toda observación implica una co-presencia entre investigador y participantes, y que el conocimiento social es siempre un acto relacional.

El componente participativo —inspirado en Fals Borda (2009) y Cornwall y Jewkes (1995)— no se limita a un criterio metodológico, sino que expresa una opción ética y política: investigar con los jóvenes, no sobre ellos. Esto implica reconocer su autoridad epistémica, validar su experiencia como fuente legítima de saber y permitir que las herramientas de investigación se transformen en espacios de conversación, escucha y co-análisis.

3.2 Diseño y Técnicas Empleadas

La investigación se desarrolló en el barrio de Torrero (Zaragoza) durante el periodo comprendido entre febrero y junio de 2025, combinando trabajo de campo intensivo y fases de análisis preliminar iterativo. Esta delimitación temporal permite situar los discursos recogidos en un contexto socioeconómico concreto, marcado por dinámicas de precariedad juvenil, procesos de espera institucional y experiencias de incertidumbre temporal.

Es importante precisar que el trabajo de campo no se realizó sobre el conjunto del barrio como unidad homogénea, sino específicamente con jóvenes vinculados a espacios comunitarios de carácter autogestionado o semi-institucional, que operan como nodos de socialización, apoyo mutuo y producción de sentido colectivo. En particular, la investigación se centró en tres tipos de dispositivos sociocomunitarios:

- **Casa de Juventud de Torrero:** recurso municipal orientado a la participación juvenil, que actúa como espacio de encuentro, formación y dinamización sociocultural. Su relevancia radica en que articula prácticas institucionales con dinámicas informales de sociabilidad juvenil.
- **Huertos urbanos autogestionados:** espacios comunitarios donde se desarrollan prácticas de cooperación, sostenibilidad y reapropiación del tiempo cotidiano. Estos entornos permiten observar formas alternativas de organización temporal no regidas por la lógica productivista dominante.
- **Centro Social Okupado Kike Mur:** espacio autogestionado con una fuerte carga simbólica y política, donde se generan prácticas culturales, redes de apoyo y discursos críticos frente a la precariedad y la exclusión. Su inclusión resulta clave para comprender la dimensión contrahegemónica de ciertas experiencias juveniles del tiempo.

Estos espacios funcionan como microcontextos de producción de sentido, en los que la experiencia temporal no solo se vive, sino que se interpreta, se comparte y se resignifica colectivamente. Por tanto, el estudio adopta una lógica de muestreo teórico-intencional, orientada a captar la diversidad de experiencias temporales en contextos de vulnerabilidad, más que a producir generalizaciones estadísticas sobre el conjunto del barrio.

La población participante estuvo compuesta por un total de $N = 40$ jóvenes, de entre 15 y 25 años, con diversidad de género, origen y trayectoria vital —incluyendo jóvenes migrantes en proceso de regularización—, así como por profesionales vinculados a recursos educativos y comunitarios del entorno.

La distribución de participantes se articuló a través de las distintas técnicas empleadas. Los grupos focales (n=4) contaron con entre 6 y 8 participantes cada uno, mientras que las entrevistas en profundidad (n=10) se realizaron tanto con participantes de los grupos como con casos adicionales seleccionados estratégicamente.

Este diseño permitió combinar amplitud y profundidad analítica, favoreciendo la triangulación de discursos y la contrastación de experiencias en distintos contextos de interacción. El tamaño del corpus se definió siguiendo criterios de saturación teórica, alcanzada cuando los relatos comenzaron a mostrar recurrencias significativas sin la emergencia de nuevas categorías sustantivas relevantes.

El análisis de la información se realizó mediante un enfoque de codificación temática de carácter inductivo, inspirado en la Grounded Theory (Charmaz, 2014). Se procedió a una lectura iterativa de los materiales (transcripciones, sociogramas y cartografías), identificando categorías emergentes vinculadas a la experiencia del tiempo (espera, aceleración, bloqueo, agencia). Estas categorías fueron posteriormente contrastadas entre técnicas (grupos, entrevistas y dispositivos visuales), permitiendo construir un marco interpretativo relacional y situado.

Se utilizaron cuatro técnicas principales:

1. Grupos focales (n=4)

Integrados por jóvenes con perfiles diversos (estudiantes, desempleados, madres jóvenes, migrantes), estos espacios facilitaron la emergencia de discursos colectivos sobre el uso y la vivencia del tiempo. La interacción grupal permitió identificar repertorios simbólicos compartidos, tales como “tiempo muerto”, “tiempo perdido” o “tiempo sin sentido”, así como tensiones entre expectativas normativas y trayectorias reales.

2. Entrevistas en profundidad (n=10)

Orientadas a reconstruir trayectorias biográficas y temporales, permitieron explorar las estrategias individuales frente a la espera, la aceleración o la sobrecarga. Se empleó un enfoque comprensivo, basado en la escucha empática y no directiva, con el objetivo de captar la dimensión fenomenológica de la experiencia temporal y su articulación con emociones como la ansiedad, la frustración o la esperanza.

3. Sociograma Afectivo-Focal (SAF)

Herramienta diseñada ad hoc (Pérez, 2025), que combina la representación de redes sociales con la expresión de emociones asociadas al tiempo. Este instrumento permitió visualizar cómo los vínculos afectivos actúan como soportes —o, en algunos casos, como vectores de tensión— en la gestión del tiempo vivido, aportando una dimensión relacional al análisis.

4. Cartografía participativa del tiempo

Mediante ejercicios gráficos, los participantes representaron sus “tiempos ganados”, “perdidos” y “negados” a lo largo de una jornada o de su trayectoria vital. Esta técnica permitió articular la dimensión espacial y temporal de la experiencia, identificando zonas de agencia, bloqueo o exclusión en la vida cotidiana, así como las estrategias simbólicas de reorganización del tiempo.

3.3 Ética y Reflexividad

El trabajo de campo se desarrolló bajo principios de confidencialidad, consentimiento informado y reciprocidad. Pero más allá del cumplimiento formal, se asumió una ética de la presencia (Esteban, 2010): estar con los participantes, compartir su tiempo y reconocer la investigación como una práctica situada y afectiva. La reflexividad fue un componente constante del proceso: los investigadores no solo observaron, sino que también fueron interpelados por las narrativas juveniles, lo que obligó a revisar sus propios ritmos y supuestos sobre el tiempo.

Esta metodología busca no solo describir la precariedad temporal, sino vivirla, acompañarla y pensarla desde dentro. Al situar la investigación en el cruce entre experiencia, emoción y estructura, se abre un espacio para comprender cómo los jóvenes —en su diversidad y vulnerabilidad— hacen del tiempo no solo un problema, sino también una posibilidad de acción y sentido.

4. Resultados y Discusión

4.1 Los que Esperan: Biografías Suspendidas

En el trabajo de campo, la espera aparece como una forma central de precariedad temporal. No se trata de la espera cotidiana de cualquier trámite, sino de una condición estructural que organiza la vida: esperar una resolución administrativa, una cita en extranjería, una respuesta de empleo, una beca de comedor, una plaza en un curso, la confirmación de un alquiler. La espera, en estos relatos, no es un vacío pasivo: es un régimen temporal que impone ritmos, fija posiciones y restringe la agencia (Auyero, 2013). Como resumía un joven de 22 años: *“Yo hago cosas, eh... pero todo depende de algo que no llega. Es como si estuviera en pausa y no supiera quién tiene el mando.”*

Esta cronología del aplazamiento produce efectos biográficos y afectivos. En el plano subjetivo, genera una sensación densa de presente interminable: días que “no avanzan”, semanas “todas iguales”, meses que se “deshacen” sin hitos. La imposibilidad de proyectar el futuro erosiona la identidad narrativa (Ricoeur, 1996) y limita la capacidad de decisión. *“Me da miedo hacer planes porque luego me los rompe una carta, un correo, una cita que no es”*, contaba una participante de 19 años. En términos de Lefebvre (1992), la espera instala una asincronía: los jóvenes quedan fuera del

“tiempo legítimo” de la transición —estudios, empleo, autonomía—, atrapados en un intermedio que se prolonga.

La burocracia del tiempo emerge aquí como un dispositivo material y simbólico. El acceso a recursos institucionales se vehicula mediante calendarios, turnos, plataformas y colas que distribuyen de forma desigual el derecho al tiempo (Fraser, 2016). Las demoras no son neutras: pesan más sobre quienes tienen menos margen, menos red y menos información. *“Si pierdes una cita tardas otros tres meses. Si te piden un papel, te quedas sin ayuda. Es como un juego que siempre vas perdiendo”*, decía un joven que encadenaba prestaciones discontinuas. Esta desigualdad temporal no solo refleja la exclusión; la produce: sin previsibilidad no hay conciliación posible, sin cronogramas fiables no hay estudio sostenido ni empleo estable, sin horizonte temporal no hay autonomía.

Entre los jóvenes migrantes, esta experiencia se intensifica y adquiere forma de tiempo suspendido. Los procesos de regularización y renovación de permisos —decisiones que dependen de terceros y de plazos opacos— atraviesan todas las esferas de la vida: empleo, formación, vivienda, salud, participación. *“Tengo el contrato, tengo la oferta, pero sin la tarjeta no me cogen... Llevo ocho meses esperando. No puedo moverme. Mi vida está aquí [se señala el móvil], mirando si llega el correo”*, relataba un chico de 20 años. La espera administrativa se convierte en frontera temporal: no solo limita la movilidad jurídica, sino la capacidad de sincronizarse con la vida social del barrio (exámenes, entrevistas, proyectos). Rosa (2016) hablaría aquí de alienación temporal: la relación con el mundo se rompe cuando el tiempo propio queda subordinado al tiempo de la institución.

Como advierten O'Donnell et al. (2025), la espera migratoria “no es un efecto colateral de un sistema saturado, sino un mecanismo estructural de control que opera como forma de violencia temporal y emocional. Los regímenes fronterizos se apropian del tiempo, convirtiéndolo en un instrumento de disciplina y subordinación cotidiana”.

La espera también reordena los vínculos. Para algunos, el barrio ofrece redes de apoyo informal que amortiguan la incertidumbre —vecindad, asociaciones, parroquias, amistades—; para otros, la repetición de promesas incumplidas genera desconfianza institucional y autocensura temporal: se renuncia a oportunidades que requieren compromisos estables por miedo a que una cita o una resolución lo desmonte todo a última hora. *“Me ofrecieron un curso con prácticas, pero si me llaman de extranjería tengo que faltar. No quiero quedar mal. Al final no me apunté”*, explicaba un joven. Esta renuncia no es desinterés; es cálculo defensivo en un entorno de plazos imprevisibles.

En términos de justicia temporal, la espera sin horizonte puede leerse como violencia burocrática (Bourdieu, 1999): una forma de dominación que opera al regular el acceso a los propios ritmos de vida. Allí donde la política pública debería devolver tiempo —acortar demoras, garantizar

respuestas, coordinar servicios—, los procedimientos lo extraen, intensificando la pobreza temporal (Goodin, Headey et al., 2008). Y sin embargo, incluso en este terreno surgen micro-resistencias: estrategias para no perder el día entero por una gestión, grupos de mensajería que comparten citas y huecos, turnos rotatorios para acompañar a quien necesita un trámite, pequeñas cooperativas del tiempo que convierten la espera en compañía. *“Si nos toca estar, estamos juntas. Traigo los apuntes, repasamos... por lo menos que el tiempo sirva”*, decía una participante del grupo de chicas.

Esperar no es solo “no hacer nada”: es hacer vida bajo un régimen temporal expropiado. La biografía se escribe a golpes de confirmaciones pendientes, notificaciones y plazos, y esa gramática de la demora imprime marcas en el cuerpo (insomnio, ansiedad), en el ánimo (desaliento, irritabilidad) y en los proyectos (aplazamiento crónico). Entender la inclusión juvenil en contextos como Torrero exige, por tanto, reconocer la espera estructural como objeto de intervención: reducirla, humanizarla, hacerla previsible y, mientras exista, llenarla de sentido colectivo. Porque en el tiempo que falta —o que otros retienen— se juega también la dignidad de estar a tiempo.

4.2 Los que se Aceleran: la Sobrecarga como Supervivencia

Frente al inmovilismo de la espera, otra parte de la juventud vive atrapada en la lógica contraria: la aceleración. En los grupos focales, muchos jóvenes describieron su vida como una secuencia ininterrumpida de actividades, desplazamientos y compromisos que apenas dejan espacio para el descanso o la reflexión. *“No paro nunca. Si no trabajo, estudio; si no, hago algún curso, voluntariado, lo que sea. Porque si paras, parece que te vas quedando atrás”*, decía una participante de 23 años. Esta necesidad de llenar cada minuto responde a una forma de ansiedad temporal (Rosa, 2016), donde el valor personal se mide por la productividad y la ocupación constante.

Esta vivencia cotidiana no es solo individual, sino que refleja una transformación cultural más amplia. En las últimas décadas, el discurso mediático y político sobre la juventud ha transitado de la figura del “ni-ni” —jóvenes que ni estudian ni trabajan, representados como apáticos o improductivos— a la del “sí-sí” (INJUVE, 2024): quienes estudian y trabajan simultáneamente, multiplicando esfuerzos para sostener su presente y garantizar un futuro que nunca llega. Esta mutación semántica, aparentemente positiva, encubre una normalización de la sobrecarga. Si antes se culpaba a los jóvenes por su inactividad, ahora se les responsabiliza de no ser suficientemente activos, flexibles o resilientes. Como advierte Sennett (2000), el nuevo capitalismo celebra la adaptabilidad como virtud moral, invisibilizando la fatiga y la precariedad que la sustentan.

Pero la aceleración no es solo una respuesta cultural al mandato del rendimiento. Es también una necesidad material, especialmente entre los jóvenes de clase trabajadora. En los barrios populares,

estudiar implica casi siempre trabajar para poder estudiar, costear alquileres, transporte o cuotas. Muchos entrevistados hablaban de compaginar dos o tres empleos a tiempo parcial, o de aprovechar cualquier encargo eventual. *“Trabajo los fines de semana y estudio entre semana. No porque me guste, sino porque si no trabajo no puedo pagar la matrícula”*, contaba un chico de 21 años. La aceleración, en este contexto, no es una elección ni una patología individual: es la condición de vida de una clase que no puede permitirse el tiempo del descanso o de la dedicación exclusiva.

En estas trayectorias, estudiar ya no garantiza movilidad social, y trabajar no asegura independencia: ambos se combinan en una dinámica de esfuerzo sostenido que, paradójicamente, inmoviliza. El futuro se pospone indefinidamente, mientras el presente se llena de tareas que apenas permiten respirar. La aceleración no implica bienestar ni integración, sino una forma de precariedad temporal acelerada: un tiempo saturado, fragmentado y sin control. Los jóvenes de Torrero describen jornadas que comienzan antes del amanecer y terminan de madrugada, desplazándose entre trabajos, clases, cuidados familiares y proyectos informales. *“Llego a casa y no sé ni qué día es. Me acuesto con la cabeza llena y el cuerpo vacío”*, relataba una participante.

Como señala Lefebvre (2004), esta aceleración no se vive como conquista del tiempo, sino como alienación rítmica: un tempo impuesto que obliga a moverse al compás del reloj neoliberal, donde “estar ocupado” sustituye a “estar bien”. La figura del sí-sí encarna, así, la paradoja contemporánea de la juventud precarizada: el mandato de la hiperactividad convive con la imposibilidad de proyectar una vida sostenible. El ideal meritocrático se reconfigura en torno a la autogestión del tiempo —ser flexible, multitarea, emprendedor—, pero este imperativo oculta que la libertad temporal está desigualmente distribuida.

Quien puede elegir cuándo y cómo trabajar disfruta de autonomía; quien debe combinar tres empleos para sobrevivir vive en un tiempo colonizado. La aceleración es tanto mandato cultural como necesidad estructural: una exigencia doble que somete especialmente a los jóvenes sin red familiar ni apoyo económico. En ellos, la desigualdad temporal se vuelve hereditaria: una carga que probablemente condicionará todas las etapas de su vida adulta.

En los barrios populares, esta hiperactividad se percibe como un modo de resistencia y de desgaste a la vez. Los jóvenes trabajan “a salto de WhatsApp”, encadenando encargos, turnos o formaciones exprés. Esa velocidad no se traduce en movilidad, sino en fatiga estructural: la sensación de correr sin llegar, de cumplir sin avanzar. *“Si me quedo quieto, me da miedo. Pero si sigo así, me quemo. No hay punto medio”*, expresaba un entrevistado de 20 años.

Desde una mirada crítica, la categoría sí-sí debería entenderse como un sí forzado, resultado de la precariedad y de la internalización de la lógica del esfuerzo perpetuo. La aceleración se impone

como única alternativa frente a la parálisis de la espera, pero en ambos casos —esperar o acelerarse— el tiempo deja de ser un recurso propio y se convierte en un instrumento de control social (Bourdieu, 1999). Los jóvenes intentan sostener su identidad entre la obligación de “hacer” y la imposibilidad de “ser”, atrapados en un ciclo que confunde supervivencia con éxito.

4.3 Las que Cuidan: el Tiempo Invisible

Entre las jóvenes mujeres del barrio —y, en menor medida, también entre algunos varones— emergió con fuerza la experiencia del tiempo del cuidado. Un tiempo que sostiene la vida de otros, pero que raramente es reconocido como trabajo, ni compensado ni protegido. En contextos de vulnerabilidad, donde las redes públicas de apoyo son escasas y los servicios de conciliación insuficientes, el cuidado aparece como una carga temporal estructural. *“Me levanto con el niño, limpio, hago la comida, lo llevo al cole, voy a casa de mi madre a ayudarla... y cuando me doy cuenta, ya es de noche. No he tenido ni diez minutos para mí”*, contaba una joven de 23 años.

El cuidado, en estos relatos, no se vive como vocación sino como obligación silenciosa. En el lenguaje cotidiano, las participantes hablaban de “aguantar”, “llevarlo todo”, “no tener tiempo ni para pensar”. Estas expresiones condensan una subjetividad temporal del agotamiento: el cuerpo como cronómetro del sacrificio. Como plantean Fraser (2016) y Tronto (2013), la desigual organización social del cuidado reproduce jerarquías de género y clase al descargar sobre las mujeres —especialmente las jóvenes y empobrecidas— el peso del tiempo necesario para que otros vivan.

En Torrero, donde la precariedad económica convive con una intensa vida comunitaria, esta pobreza temporal (Goodin, Headey et al., 2008) adopta múltiples formas: madres adolescentes sin acceso a guarderías, hijas que cuidan de padres mayores, jóvenes migrantes encargadas del trabajo doméstico en casas ajenas mientras descuidan la propia. *“Trabajo limpiando y cuando llego a casa tengo que limpiar otra vez. Mi tiempo no existe”*, relataba una chica ecuatoriana de 24 años. La doble jornada se convierte en una frontera invisible que separa a quienes pueden disponer de su tiempo y a quienes lo entregan por necesidad.

El cuidado también tiene una dimensión emocional y simbólica: muchas jóvenes expresaron culpa o vergüenza al reclamar tiempo propio. *“Si digo que necesito descansar, me siento mala madre o mala hija. Como si estuviera pidiendo un lujo”*, explicaba una participante. Esa autoinculpación revela la interiorización del mandato del cuidado, que convierte la falta de tiempo en una forma de virtud moral. En esta lógica, el sacrificio se naturaliza como destino femenino, y el descanso se percibe como falta de compromiso.

En términos cronopolíticos, el tiempo del cuidado ilustra cómo el poder se ejerce no sólo sobre el cuerpo sino sobre el ritmo. Las mujeres cuidadoras viven en un tiempo circular, repetitivo, sin finales ni recompensas visibles. Lefebvre (2004) diría que son “ritmos sin resolución”: la jornada nunca termina porque la necesidad nunca cesa. Esta temporalidad infinita entra en conflicto con el tiempo lineal del progreso o la autonomía juvenil. Mientras a los varones se les mide por la productividad o la independencia, a las mujeres se las valora por su capacidad de sostener, de permanecer, de no detenerse.

Sin embargo, en medio de esa asfixia temporal surgen también gestos de resistencia. Algunas jóvenes narran cómo se organizan entre vecinas o amigas para repartirse el cuidado y recuperar pequeñas islas de tiempo propio: “*Nos turnamos para recoger a los niños. Así una puede ir al médico o simplemente dormir*”. Estas micro-redes no eliminan la desigualdad, pero abren grietas en la lógica de la sobrecarga. Son prácticas de solidaridad temporal, donde el tiempo compartido se convierte en estrategia de supervivencia y de reconocimiento mutuo.

El cuidado, lejos de ser una esfera privada, se revela como territorio político del tiempo. Allí se juegan las condiciones materiales de la justicia temporal: quién dispone de horas, de pausas, de descanso; quién puede decir “ahora no”. En los márgenes urbanos, donde el Estado se retira y la precariedad avanza, las jóvenes cuidadoras sostienen con su tiempo la vida de los demás. Nombrar y analizar este tiempo invisible no es un gesto menor: es reconocer que sin justicia temporal, no hay justicia social posible.

4.4 Resistencias y Reapropiaciones del Tiempo

En el mismo territorio donde la precariedad parece ocupar cada minuto, emergen también formas de resistencia temporal. Frente a la espera institucional, la aceleración laboral y la sobrecarga del cuidado, los jóvenes de Torrero despliegan estrategias colectivas para reapropiarse del tiempo: espacios donde la urgencia se detiene y la vida recupera ritmo. No se trata de escapar del sistema, sino de ensayar otros modos de habitarlo.

Los ejemplos más claros aparecen en la Casa de la Juventud, el Centro Social Okupado (CSO) Kike Mur —la casa okupa del antiguo cuartel—, y los huertos autogestionados como El Veral. En estos lugares, el tiempo deja de estar medido por el reloj del rendimiento y se organiza según la lógica de la presencia, la cooperación y el cuidado mutuo. “*Aquí el tiempo no corre, se comparte*”, decía un participante del huerto. “*Cada uno viene cuando puede, y eso también está bien. Lo importante es estar.*”

Estas prácticas encarnan lo que Sharma (2014) denomina cronopolíticas insurgentes: formas de producir tiempo que desafían las temporalidades dominantes del mercado y la burocracia. En el huerto, las estaciones marcan los ritmos del trabajo colectivo; en la Casa de la Juventud, los talleres artísticos y de serigrafía funcionan como pausas creativas donde el tiempo se vuelve expresivo y no productivo; en el Kike Mur, las asambleas semanales instituyen un tiempo político distinto, sin jerarquías ni plazos predefinidos. En todos los casos, el tiempo se libera de la obligación de servir a algo útil para volverse lugar de encuentro, aprendizaje y dignidad.

Estas experiencias no son solo ejemplos de resistencia, sino también de reapropiación cotidiana del tiempo. Como explicaba una joven vinculada al taller de serigrafía: *“Aquí nadie te pregunta qué haces o cuánto tardas. Si hoy solo puedes venir una hora, vienes una hora. Si no haces nada, también está bien. Aprendes a estar sin sentirte culpable”*.

A partir de estos gestos mínimos, el tiempo vivido adquiere un nuevo sentido. La espera deja de ser pasiva cuando se llena de compañía; la aceleración se desactiva al compartir el ritmo; el cuidado se vuelve colectivo cuando se reparte. En términos de Lefebvre (2004), estos espacios producen una ritmología alternativa, donde el tiempo se rehumaniza: no se mide en horas útiles, sino en momentos significativos.

Este desplazamiento temporal es también político. Como sugiere Ringel (2025), tiempo y política no son esferas separadas, sino procesos que se co-constituyen: las prácticas colectivas generan modos específicos de temporalidad, y esas temporalidades, a su vez, posibilitan nuevas formas de acción política. En Torrero, esta relación se hace tangible: la autogestión del tiempo se convierte en forma de autogobierno, y la sincronía solidaria en ejercicio de ciudadanía.

Así, la dimensión política de estas prácticas se manifiesta en lo concreto. Allí donde las instituciones fallan en garantizar el derecho al tiempo, por exceso o por carencia, la comunidad lo reconstruye como bien común. En el huerto, los jóvenes que antes no se conocían comparten tareas, cosechas y conversaciones. En la casa okupa, la autogestión del espacio genera un sentimiento de pertenencia y autonomía frente a la precariedad del alquiler y la vigilancia institucional. En la Casa de la Juventud, los proyectos culturales funcionan como islas de tiempo digno, donde los jóvenes se descubren capaces de organizar, crear y cuidar. *“Aquí aprendes que no todo tiene que ir rápido. Que se puede hacer algo sin dinero, sin jefe y sin reloj”*, explicaba un joven del colectivo vecinal.

Estas vivencias, más que anécdotas locales, condensan una forma distinta de entender la justicia. Desde la perspectiva de la justicia temporal (Fraser, 2016), estas experiencias son micro-utopías cronopolíticas: prácticas de reapropiación del tiempo que, aunque parciales, prefiguran formas más justas de convivencia. En ellas, el tiempo vuelve a ser una materia relacional: se da, se

intercambia, se cuida. Frente a la alienación del tiempo neoliberal, los jóvenes de Torrero ensayan tiempos insurgentes (Sharma, 2014) que devuelven al presente su espesor político.

Lejos de negar la precariedad, estas resistencias la habitan de otro modo. Allí donde el sistema impone urgencia o espera, los jóvenes inventan pausas: celebraciones populares, talleres abiertos, redes de apoyo mutuo. En su aparente modestia, estas prácticas transforman la vida cotidiana y proponen una ética distinta: la de estar con otros sin pedir permiso al reloj.

Como señalaba uno de los participantes más veteranos del Kike Mur: *“Aquí aprendí que perder el tiempo juntos puede ser lo más valioso que hacemos.”* En esa frase se condensa el sentido último de la resistencia temporal: reaprender el valor de lo improductivo, de lo compartido, de lo lento. Torrero, más que un barrio periférico, aparece así como un laboratorio de tiempos posibles, donde el presente se vive no como condena, sino como práctica de libertad.

5. Conclusiones

El recorrido por las experiencias juveniles en Torrero muestra que la desigualdad actual ya no se expresa solo en el acceso al empleo o la educación, sino también en la distribución del tiempo. La vida cotidiana de los jóvenes se organiza en torno a una jerarquía temporal desigual: hay quienes esperan, quienes corren y quienes cuidan. Tres formas distintas de precariedad que comparten un mismo núcleo: la pérdida del control sobre el propio tiempo.

La espera estructural —administrativa, institucional o económica— se convierte en una forma de dominación silenciosa. Vivir pendiente de una ayuda, una cita o una resolución mantiene a muchos jóvenes en un presente detenido, donde el futuro se aplaza de manera indefinida. En el caso de los jóvenes migrantes, esta espera se transforma en frontera temporal: una suspensión forzosa de derechos y posibilidades. Esperar deja de ser un tránsito para convertirse en una forma de existencia subordinada al calendario del Estado.

La aceleración, en cambio, no representa libertad ni integración, sino otra cara de la precariedad. En las últimas décadas, el discurso público ha pasado del “ni-ni” al “sí-sí”: de estigmatizar a los jóvenes que “ni estudian ni trabajan” a glorificar a los que “sí estudian y sí trabajan”, como si la autoexplotación fuera un signo de madurez y mérito. Pero detrás de esa aparente virtud se esconde una trampa social. La aceleración no es solo un mandato del rendimiento, sino también una necesidad material: pagar el alquiler, contribuir en casa, costear estudios o asumir gastos familiares. Quienes deben combinar trabajo y formación lo hacen desde una desventaja estructural frente a quienes pueden dedicar su tiempo exclusivamente a estudiar. Esa brecha temporal —acumulada en

la juventud— condiciona el resto del ciclo vital: carreras truncadas, salud deteriorada, proyectos aplazados. La desigualdad del tiempo se convierte, así, en desigualdad de destino.

Entre las jóvenes cuidadoras, la precariedad adopta una forma específica: la del tiempo invisible del cuidado. Su tiempo se orienta hacia las necesidades de otros —hijos, familiares, parejas—, muchas veces sin descanso ni reconocimiento. En ellas, la pobreza temporal se mezcla con la pobreza económica y afectiva, reproduciendo la desigualdad de género. La justicia temporal exige reconocer y redistribuir este tiempo de sostén, garantizando que cuidar no implique renunciar a la propia vida.

Frente a estas tres formas de desposesión —esperar, correr y cuidar—, emergen en Torrero resistencias cotidianas que recuperan el tiempo como bien común. En la Casa de la Juventud, el huerto El Veral o el Centro Social Okupado Kike Mur, los jóvenes ensayan temporalidades alternativas: cooperativas, lentas, compartidas. Allí, el reloj deja de ser medida y vuelve a ser vínculo. Se cultiva, se pinta, se conversa, se organiza. Son prácticas pequeñas, pero cargadas de significado político: reapropiaciones del tiempo que desafían la crononormatividad neoliberal y restituyen el valor de estar con otros.

Estas experiencias no resuelven la precariedad, pero la habitan de otro modo. En lugar de huir del tiempo impuesto, lo transforman: convierten la espera en compañía, la aceleración en ritmo colectivo, el cuidado en gesto compartido. En su modestia, encarnan una ética distinta: la del tiempo como territorio de justicia.

Pensar la inclusión juvenil desde esta perspectiva exige ampliar la mirada más allá de los programas o profesiones concretas y situar el tiempo en el centro del debate social. No basta con ofrecer empleo o formación; es necesario redistribuir el tiempo social: reducir las esperas, reconocer los tiempos del cuidado, proteger el descanso y garantizar la posibilidad de estudiar sin explotación.

El caso de Torrero muestra que el tiempo, además de recurso vital, es un bien político. Puede administrarse como control o compartirse como libertad. Comprender cómo los jóvenes esperan, se aceleran, cuidan y resisten permite visibilizar una cronopolítica que estructura desigualdades invisibles pero profundas. Y, al mismo tiempo, muestra que incluso en los márgenes de la precariedad surgen gramáticas del tiempo justo: maneras de vivir más lentas, más solidarias y más humanas, donde el bienestar no se mide por la productividad, sino por la posibilidad de vivir el tiempo propio en común.

6. Referencias

- Adam, B. (1995). *Timewatch: The social analysis of time*. Polity Press.
- Andersen, M., Zampoukos, K., Spanger, M., Mitchell, D. (2024). At your service: the mobilities, rhythms and everyday lives of migrant labour in the gig economy. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 50(15), 3733-3750. <https://doi.org/10.1080/1369183X.2024.2379641>
- Auyero, J. (2013). *Pacientes del Estado: la política de la espera en la Argentina*. Eudeba.
- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Akal.
- Cornwall, A., Jewkes, R. (1995). What is participatory research? *Social Science & Medicine*, 41(12), 1667-1676. [https://doi.org/10.1016/0277-9536\(95\)00127-S](https://doi.org/10.1016/0277-9536(95)00127-S)
- Charmaz, K. (2014). *Constructing grounded theory* (2nd ed.). Sage Publications
- Esteban, M. L. (2010). *Antropología del cuerpo: género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Bellaterra.
- Fals, O. (2009). La investigación acción en convergencias disciplinarias. *Revista Paca*, 1, 7-21. <https://journalusco.edu.co/index.php/paca/article/view/2194/3415>
- Forkert, K., Nahaboo, Z. (2025). The chronopolitics of the 'Left Behind': Presentism, populism, and Global Britain. *Time & Society*, 34(1), 127-146.
- Fraser, N. (2016). *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el Estado a la crisis neoliberal*. Traficantes de Sueños.
- Goodin, R. E., Headey, B., Muffels, R., Dirven, H. J. (2008). *The real worlds of welfare capitalism*. Cambridge University Press.
- Holloway, J. (2010). *Agrietar el capitalismo: El hacer contra el trabajo*. Ediciones Herramienta.
- INJUVE. (2024). Informe Juventud en España 2024: Entre la emergencia y la resiliencia. Resumen ejecutivo. Observatorio de la Juventud en España Retrieved from <https://www.injuve.es/observatorio/demografia-e-informacion-general/informe-juventud-en-espana-2024-y-resumen-ejecutivo>
- Innerarity, D. (2012). *The future and its enemies: In defense of political hope*. Stanford University Press.
- Janietz, C., Bol, T., Lancee, B. (2024). Temporary employment and wage inequality over the life course. *European Sociological Review*, 40, 853-871. <https://doi.org/10.1093/esr/jcad075>
- Kirtsoglou, E., Simpson, B. (2020). Introduction. The time of anthropology: studies of contemporary chronopolitics and chronocracy. En E. Kirtsoglou & B. Simpson (Eds.), *The Time of Anthropology Studies of Contemporary Chronopolitics*. Routledge.
- Labajos, V., Fernández-Trujillo, F. (2025). Tiempo y trabajo en el capitalismo de plataformas: experiencias temporales en el trabajo de delivery. *Revista de Estudios Sociales*, 93, 155-174. <https://doi.org/10.7440/res93.2025.10>

- Lefebvre, H. (1992). *El derecho a la ciudad*. Ediciones Península.
- Lefebvre, H. (2004). *Rhythmanalysis: Space, time and everyday life*. Continuum.
- O'Donnell, S., Ridgway, A., Borges, A. (2025). Ubiquitous waiting: migrant women, temporariness, and waiting as an affective atmosphere. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 51(19), 4821-4840. <https://doi.org/10.1080/1369183X.2025.2536165>
- Pérez Gallo Víctor Hugo(2015) . Las masculinidades: una visión desde el enfoque dramático de Goffman. *Espacio Abierto*.;24(1):29-44.[fecha de Consulta 25 de Marzo de 2026]. ISSN: 1315-0006. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12236226002>
- Pérez, V. H. (2025a). Sociograma Afectivo-Focal: Metodología cualitativa para el análisis emocional en jóvenes en situación de precariedad. *Manuscrito en preparación*.
- Pérez Gallo, V. H. (2025b). La masculinidad “herida” y el voto a VOX entre jóvenes en situación de exclusión social en Zaragoza. *Studia Humanitatis Journal*, 5(2). <https://doi.org/10.33732/shj.v5i2.161>
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI Editores.
- Ringel, F. (2025). Afterword: Time and Politics. *Time & Society*, 34(1), 147-152.
- Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración: Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz Editores.
- Schweiger, G. (2025). The time of recognition: a time-critical theory of social misrecognition in welfare societies. *Frontiers in Sociology*, 10. doi:10.3389/fsoc.2025.1601359
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama.
- Sharma, S. (2014). *In the meantime: Temporality and cultural politics*. Duke University Press.
- Soler-i-Martí, R., Ballesté, E., Feixa, C. (2021). Desde la periferia: la noción de espacio social en la movilización sociopolítica de la juventud. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 19(1), 1-26. <https://dx.doi.org/10.11600/rllcsnj.19.1.4554>
- Standing, G. (2011). *The precariat: The new dangerous class*. Bloomsbury Academic.
- Tronto, J. C. (2013). *Fronteras morales: una argumentación política para una ética del cuidado*. Cátedra.
- Van Manen, M. (2003). *Researching lived experience: Human science for an action sensitive pedagogy*. Althouse Press.
- Waite, C., Lyall, B., Roberts, S. (2025). Qualified Hope: Young People’s Education and Employment Pathways in Times of Disruption. *Journal of Applied Youth Studies, Advance online publication*. <https://doi.org/10.1007/s43151-025-00184-z>

Victor Hugo Pérez Gallo. Doctor en Ciencias Sociológicas, mención *Summa Cum Laude*, por la Universidad de Santiago de Compostela. Máster Oficial en Problemas Sociales por la UNED. Fungió de Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Moa. Profesor visitante o invitado (visiting scholar) por universidades y Centros de Investigación españoles y extranjeros como la Universidad de Santiago de Compostela, la Universidad de Zaragoza y de Lisboa. Ha hecho estancias Postdoctorales en la Universidad de Santiago de Compostela. Sus áreas de estudios se centran en la sociología del conocimiento, sociología de la cultura y estructuración social.

Premio de la Academia de Ciencias de Cuba. Ha sido premiado con el 2.º Accésit del Premio de ensayo corto Fermín Caballero que otorga la Asociación Castellano-Manchega de Sociología

Es miembro del Claustro Doctoral del programa Doctoral de Sociología de la Universidad de Oriente. Autor recurrente en The Conversation, plataforma global de divulgación académica, con artículos especializados en sociología del conocimiento y sociología de las emociones.

Integra el Banco de expertos de la Agencia Estatal de Investigación de España. En la actualidad es profesor de la Universidad de Zaragoza. <https://orcid.org/0000-0003-1452-2531>

Nuria Cano es economista y doctora en Antropología Social y Cultural. Tras una etapa inicial en el sector privado, ha desarrollado una sólida trayectoria en el ámbito de la antropología como investigadora, autora de publicaciones científicas y docente. Su experiencia abarca áreas como el patrimonio cultural, el paisaje, el desarrollo rural, la antropología urbana, la intervención social y los estudios de género. Actualmente es profesora en la Universidad Internacional de La Rioja (UNIR), donde compagina la docencia en materias vinculadas a la intervención social con su labor investigadora en el grupo BIS (Bienestar e Intervención Social), adscrito a la Facultad de Artes y Ciencias Sociales. <https://orcid.org/0000-0001-5118-2121>